

[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología* 22, n.º 76, 1949, 280-282. Versión digital por cortesía del editor (*Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid*) y de los herederos del autor, con la paginación original].

© Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

A propósito del artículo de Serra Vilaró [sobre las murallas de Tarragona] publicado en este mismo número, página 221

Antonio García y Bellido

[-280→]

El trabajo del Sr. Serra Vilaró, publicado en este mismo número, página 221, creo que aporta datos de un gran interés para solucionar el **[-280→281-]** problema, ya tan viejo, de la fecha de las murallas de Tarragona. Resulta de él que la obra, en general, es del siglo III, ya que en su interior se han hallado restos cerámicos de tal época. Puede ser que la parte ciclópea, o, mejor (por no implicar ello adscripción determinada), megalítica, sea también romana, como la que le va superpuesta; pero también puede ser algo anterior al 218, en que los romanos llegaron a ocupar esta parte de la Península. En este caso podría pensarse en los carthagineses. El Sr. Serra también sospecha una mano púnica, al menos en parte de sus lienzos más antiguos. A estos respectos me es grato ver que la investigación del Sr. Serra viene a coincidir con la hipótesis que expuse, en 1945, en mi libro: *La Arquitectura entre los iberos*, en el cual traté extensamente del recinto amurallado de Tarragona, utilizando y reproduciendo los gráficos del Dr. Fick y las aportaciones de todo orden debidas a otros investigadores. Mis resultados los expuse así (pág. 38):

"Es muy posible, dado el carácter estratégico de la ciudad, dominando por tierra y por mar el trayecto de España e Italia, trayecto vital para Hanníbal en la invasión de esta última, que los muros megalíticos tarraconenses fuesen mandados construir (pero no construidos por ellos mismos, sino por los indígenas) por los carthagineses en previsión de posibles desembarcos romanos en la ciudad, cosa que ocurrió al punto, en efecto, y, al parecer, mucho antes de que se alzasen convenientemente sus lienzos. ¿Es algo más que una casualidad que en Sagunto nos hallemos también ante restos megalíticos como los de Tarragona? (Véase pág. 41) ¹. Se puede argüir en contra de mi conjetura que, a pesar del poco alzado del recinto ciclópeo (por lo general, oscila entre un metro y medio y cuatro metros), la obra supone su esfuerzo gigantesco, para el cual no tuvieron tiempo suficiente, pues desde la presencia de Hanníbal en la zona del Ebro (por abril o mayo del 218) hasta la entrada de Scipio en Tarragona (fines del mismo año) no mediaron más que ocho o nueve meses, poco más o menos. El argumento podría ser eficaz si no supiésemos que en todas las guerras estas obras de urgencia suelen hacerse, a pesar de todo, en poco tiempo; eso si no suponemos que sus inicios databan ya de atrás, como sin duda datan las de Ampurias (parte ciclópea). Pero ni siquiera es preciso recurrir a tales sutilezas, pues el volumen total de piedra ciclópea colocada es bastante menor de lo que pudiera sospecharse; hay largos sectores en Tarragona (confróntese figura 16) donde, al parecer, no llegó a colocarse más que una sola hilada, y en algunos trozos ninguna; adviértase, además, que los dinteles de las

¹ Todos los paréntesis son del texto.

puertas están contruidos con los bloques más grandes del recinto, sin duda porque encima habían de llevar el enorme peso de muchas hiladas más de piedras gigantescas, que no llegaron a colocarse quizás nunca, a pesar de ser ésta la parte más importante de la fortificación". [-281→282-]

Estos son los resultados a que llegué en 1945, tras consideraciones técnicas conjugadas con los hechos históricos, resultados que ahora van comprobando los hallazgos arqueológicos que, como los acabados de leer en la Memoria del Sr. Serra, son los únicos que están autorizados a decir la última palabra sobre el problema.— A. G. y B.